



Comer
y amar,
todo es
empezar

**MAYTE
ESTEBAN**

D.J.57

Comer
y amar,
todo es
empezar

**MAYTE
ESTEBAN**

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.

Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

Núñez de Balboa, 56

28001 Madrid

© 2019 Mayte Esteban

© 2019 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

Comer y amar, todo es empezar, n.º 237 - julio 2019

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Shutterstock.

I.S.B.N.: 978-84-1328-455-2

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Créditos](#)

[Comer y amar, todo es empezar](#)

Comer y amar, todo es empezar

Esta es una historia de latidos descompasados, de decisiones que al principio damos por buenas, pero que nos acaban haciendo infelices. Es la historia de una receta con pasas y arándanos que despierta sentimientos y de un paseo a lomos de una yegua de los que abren los ojos. Un cuento que arranca en una fría mañana invernal, en un pueblo cualquiera de Castilla...

El despertador salió de su letargo a la hora programada, las siete y media, al ritmo de una melodía animada. Carlos se levantó con el sueño todavía prendido en sus ojos, se vistió con la ropa de trabajo y, medio dormido aún, abrió la ventana. El viento helado de la madrugada castellana de finales de diciembre se coló en la habitación como un visitante indeseado. El silencio lo presidía todo; en Grimiel aún seguía siendo de noche.

Con el rastro del sueño marcado en el rostro —la sábana le había dejado su impronta en la mejilla, oscurecida por la barba de un par de días—, se preparó el desayuno. Carlos Herrero tenía veinticinco años y era el dueño de un picadero en un pequeño pueblo. Su negocio se situaba a las afueras, a muy pocos metros de un extenso pinar. Dedicaba su actividad a la tutoría de caballos y a rutas para los eventuales inquilinos de las casas rurales de la zona. También se ocupaba de la formación de jinetes, aunque esto no fuera más que una manera elegante de llamar a lo que en realidad era enseñar a unos cuantos niños a no caerse del caballo. En un lugar donde apenas había actividades de ocio, el picadero de Carlos casi era la estrella. Le proporcionaba a su propietario los recursos suficientes para vivir y también le había ayudado a no tener que marcharse a la ciudad, como habían tenido que hacer la mayoría de sus amigos.

Cuando después de desayunar salió de casa, el frío de la calle le golpeó en las orejas. Rebuscó en los bolsillos de su abrigo, pero el gorro que siempre llevaba se había quedado en el tendedero, con la colada del día anterior. Era inútil que volviera a entrar para buscarlo, lo más probable era que siguiera empapado. Echó mano de la capucha del abrigo, que servía más bien de poco, y se encaminó hacia el trabajo.

Fue andando hasta él a buen paso para entrar en calor. El picadero estaba de su casa kilómetro y medio y, en mañanas tan gélidas como aquella, tal vez pudiera estar justificado ir en coche, pero Carlos prefería no hacerlo si no era imprescindible. Era un firme defensor de la naturaleza y trataba de aportar su granito de arena todos los días para cuidar de ella. Caminar un poco, además de que le venía bien a su forma física, le ahorrraba al planeta unas cuantas emisiones tóxicas. Dejó atrás los vehículos, que dormitaban teñidos de blanco, y las aceras desiertas, brillantes bajo la mortecina luz de las farolas que a intervalos rasgaban la penumbra del camino.

Faltaban apenas un par de minutos para que dieran las ocho cuando llegó a la puerta de acceso a su negocio. Sacó la llave del bolsillo y se dispuso a abrir.

—¡Buenos días!

Una voz femenina, demasiado eufórica para la temprana hora, lo tomó por sorpresa y le hizo dar un brinco involuntario. Era Paola, una de sus amigas de la infancia y también clienta asidua del picadero, que acababa de salir de un coche aparcado a unos metros de la entrada. Carlos, pensativo como iba y con la capucha tapándole parte de su campo de visión, no la había visto.

—¡Qué susto me has dado, Paola! ¿Qué haces aquí? —le preguntó.

El día apenas empezaba a deshacer en el horizonte las tinieblas que en la noche envolvían al pueblo dormido. No eran horas, ni mucho menos, para hacer uso de los servicios del picadero. Si por él fuera, se habría quedado en la cama un rato más, pero no tenía más remedio que levantarse temprano para ocuparse de los animales, limpiar las cuadras y ponerles agua y comida fresca. Era preciso que todo estuviera listo antes de la hora de apertura.

—He venido a ver a Leyenda —le dijo ella.

Leyenda era la yegua blanca de Paola, un impresionante ejemplar pura raza española de ocho años que tenía desde que era una potrilla. Carlos introdujo la llave en la cerradura e intentó abrir la puerta, pero esta se obcecaba en encasquillarse. Dio un golpe con el hombro para ayudarse y, al final, logró vencer su resistencia. En el forcejeo, la capucha se le cayó y se la volvió a colocar. La helada de la noche había dejado su impronta como un manto blanco que lo cubría todo y hacía demasiado frío como para dejar al descubierto las orejas, que amenazaron con convertirse en témpanos de hielo en segundos.

—¿No tienes un gorro? —le preguntó Paola.

—Se ha quedado en casa —respondió él.

—Creo que tengo uno en el coche, espera.

Paola volvió a su vehículo, abrió la puerta trasera y recogió del asiento uno de lana en color crudo. Se lo ofreció a Carlos en cuanto volvió frente a él.

—Toma.

Era un gorro muy poco masculino, uno de esos que Paola usaba a menudo y que a ella le quedaban tan bien. Enmarcaba su delicado rostro y dejaba escapar los rebeldes rizos de su pelo castaño dándole aspecto de hada de invierno, pero no creía que en él tuviera el mismo efecto estético. Más bien parecería un fante. Carlos se quedó mirándolo y sonrió. Era típico de Paola pensar que él podría ponerse aquello. Rehusó utilizarlo con amabilidad, mientras atravesaba la puerta seguido de la chica.

—Gracias, pero no.

—Tú mismo... Hace un frío espantoso y nadie te va a ver, yo no lo rechazaría —le dijo Paola, adivinando por su cara de circunstancias lo que estaba pensando. No le era difícil seguir algunos pensamientos de Carlos, habían sido inseparables desde el colegio.

—Perdona, tú me estás viendo —dijo él divertido, excusándose de nuevo por no querer ponerse el gorro.

—Bueno, ni que no te conociera desde el primer día de colegio... —respondió ella, riéndose también.

Carlos terminó de cerrar la puerta y echó el cerrojo interno. No volvería a abrir hasta que a las diez el negocio se pusiera en marcha.

—Venga, no seas bobo y pónelo, *porfa* —le rogó.

Le miró componiendo una mueca exagerada de súplica, a lo que él respondió emitiendo un resoplido que en cierto modo le recordó a Paola al de un caballo, lo que provocó que se riera con ganas. Sin esperar su permiso, ella levantó los brazos, bajó la capucha del abrigo y le colocó el gorro a Carlos. Se distrajo un momento mirando su rostro, los enormes ojos castaños y las facciones cuadradas de él que conocía desde siempre. Al ajustarlo sobre las orejas, las yemas de los dedos de Paola le acariciaron las mejillas. El suave roce accidental a él le descolocó un latido y un súbito calor, que se contradecía con el gélido comienzo del día, se apoderó de su ánimo.

—A ver si nos afeitamos —le dijo ella, divertida por la seriedad que

mostraba de pronto.

Él volvió a resoplar. O más bien fue un suspiro con el que trató de recomponerse.

—¿Por qué has venido tan pronto? —le preguntó, para dejar de pensar en lo que había sentido cuando ella le tocó—. Aún no he preparado a los caballos, no abro hasta dentro de un par de horas. Es demasiado temprano para montar a la yegua.

Paola soltó el aire contenido en sus pulmones y, con él, la sonrisa se fue desinflando en su rostro. Tragó saliva y tomó aire, como si lo que iba a contarle necesitara oxígeno nuevo para no ahogarse; como si le costase mucho confesar la verdadera razón por la que se había levantado tan temprano y se había presentado en el picadero.

—Me quedan solo unos pocos días con Leyenda, Carlos. La vamos a vender. Quiero pasar todo el tiempo que pueda con ella y a las diez tengo que entrar a trabajar en la farmacia. Necesito verla y por eso he venido ahora.

Carlos no necesitaba que Paola le contase lo que sentía por ese animal. Llevaba con la yegua desde la adolescencia y Leyenda y Paola parecían un todo. No entendía muy bien por qué había tomado la decisión de deshacerse de ella si era casi la prolongación de sí misma.

—¿Vender a Leyenda? ¿Por qué? ¿Qué me he perdido? —preguntó, extrañado.

—He encontrado un trabajo fuera y después de Navidad me iré del pueblo —le dijo.

—¿Te vas? —preguntó. Las palabras salieron de su boca con una alarma que hubiera preferido ser capaz de evitar.

—Sí. Mi contrato de media jornada en la farmacia se acaba el treinta y uno de diciembre. La farmacéutica se jubila y su hijo ha decidido volver de Madrid y quedarse con el negocio. No cuenta conmigo. Su mujer también trabajará con él y ya sabes que esto no da para tres sueldos, ni siquiera para dos y medio.

—Vaya, no sabía que te ibas.

—Tampoco lo he contado, bastante me disgusté cuando me lo dijo a principios de otoño. Pero bueno, he tenido tiempo de buscar un nuevo trabajo en Valladolid, en otra farmacia, y esta vez serán ocho horas. Supongo que vendré a menudo, pero desde luego no podré montar a Leyenda todos los días como ahora. Es mejor para ella que la venda y otra persona la cuide como

necesita.

—Te vas —afirmó Carlos, quizá para confirmarse a sí mismo que lo que estaba escuchando era cierto.

—Aquí no hay futuro ni trabajo. Si quiero progresar, tengo que hacerlo. Además, tiene su lado bueno; Ricardo vive en Valladolid, podremos vernos más a menudo que ahora.

Ricardo era el novio de Paola. Como la mayoría de los jóvenes, había decidido quedarse en la ciudad una vez terminada la universidad, seducido por una oferta de empleo. Las oportunidades de trabajo, mucho más deslumbrantes que las del campo, ofrecían allí un futuro que distaba mucho del callejón sin salida que parecía el pueblo. Con la mayoría de edad recién estrenada, los chicos se marchaban a Madrid, a Burgos, a Salamanca, a Valladolid... ciudades que una vez terminada su formación, no los devolvían. Al final, la madre de Carlos tenía razón cuando decía que en el medio rural, si no quieres perder a tus hijos y que la ciudad se los quede, no debes darles estudios.

Carlos pensó que Paola había tardado mucho en seguir ese camino. Era, sin duda, una anomalía en ese proceso. Estudió, pero ella regresó a Grimiel y encontró un hueco en la farmacia. Fue la excepción, aunque tiempo después la realidad del desempleo la estuviera devolviendo de un empujón al mundo urbano.

—Mi padre me ha dicho que ya tiene ofertas por Leyenda.

Al escucharla, Carlos salió de sus pensamientos e intentó poner cara de circunstancias y hacerse el sorprendido, aunque en realidad no lo estaba. Días atrás oyó una conversación a medias en el bar y en ese momento empezó a atar cabos. Era de Leyenda de quien estaba hablando el padre de Paola con unos conocidos. Les había preguntado si alguien se la quería quedar, pero Carlos no prestó más atención. Ni se le pasó por la cabeza que la conversación girase en torno a la yegua. Se quedó observando a Paola, intentando encontrar en su rostro el beneplácito con la decisión tomada de deshacerse del animal.

—¿Estás segura de que quieres vender a Leyenda? —Al mirarla, a Carlos no le pareció que estuviera muy conforme.

—No me mires así —le dijo la chica, ahogando las ganas que tenía de llorar.

—¿Así cómo?

—Con pena, Carlos.

Era justo de ese modo como la estaba mirando, triste porque sabía lo que significaba la yegua para su amiga. Se imaginaba que nada de aquello estaba siendo fácil para Paola. Ella, buscando unos instantes de intimidad en los que desahogar el nudo que se le había hecho en el pecho, se dirigió hacia la cuadra y abrió el cerrojo que mantenía encerrados a los animales de noche. Dos perros de raza indefinida salieron corriendo, libres por fin después de pasar la noche cautivos. Cada uno eligió un poste del cercado para deshacerse de la urgente necesidad matutina y después corrieron hacia Paola, que los acarició. Luego, como hacía siempre, cogió a uno de ellos, Drako, en brazos.

—No hagas eso —le dijo Carlos—. Cuando te vayas yo no pienso mimarlo y lo echaré de menos. ¿O te lo piensas llevar contigo?

Drako era un perro especial. Le faltaba una de las patas delanteras. Paola los había salvado, a él y a su hermano, de una muerte segura a manos de su madre años antes, cuando la perra se volvió loca y mató a mordiscos a la mayoría de la camada que acababa de parir. La chica, apenada por el suceso, se llevó a los dos perritos supervivientes a casa para cuidarlos en esos días tan delicados. Black creció sin problemas, pero sacar adelante a Drako costó bastante porque un mordisco de su madre lo dejó sin una de las patas delanteras. Tardó más de cuatro meses en devolverlo al picadero y, desde entonces, el perro adoraba a la muchacha casi tanto como la yegua.

—No creo que sea bueno que me lo lleve, está demasiado acostumbrado a corretear por aquí y encerrarlo en un piso no es buena idea. Este perro necesita hacer más ejercicio que los demás.

Paola dejó a Drako en el suelo, que la siguió con su paso renqueante de perro de tres patas, y se dirigió al establo. Allí, Leyenda la recibió aproximando su enorme cabeza a la cara de la muchacha, que apoyó la frente en la de la yegua. Ambas estuvieron así un rato, en silencio. Al verlas, uno suponía que se estaban contando secretos sin palabras. Incluso las dos cerraron los ojos al unísono, mientras el perrito lisiado y Carlos, apoyado en el quicio de la puerta, las observaban de cerca. Él iba a echar de menos a Paola cuando dejase de ir tanto como los perros o la yegua. Estaba seguro de que extrañaría los momentos en los que la muchacha se mantenía pegada a su animal y ambas se quedaban suspendidas en algún lugar indefinido que, si hacía caso de la sonrisa de Paola, era lo más parecido a la felicidad que podía imaginar. Estaba seguro de que él también lo pasaría fatal cuando Paola

tuviera que despedirse. Se lo estaban diciendo unos latidos erráticos en su pecho a los que le era imposible poner freno. Carlos decidió que ya había perdido demasiado tiempo y abandonó su posición de espectador, por mucho que le pesara dejar de mirar a Paola. Le transmitía un millón de sensaciones que hacía mucho que prefería no analizar. Lo mejor que podía hacer era ponerse con su tarea y no pensar. Tenía apenas dos horas para dejarlo listo todo.

—Si quieres, te ayudo —le dijo ella, cuando advirtió su presencia en la puerta del establo.

—Me vendrá bien, pero has venido a montar a Leyenda.

—He venido a verla, pero te quiero ayudar.

El joven le pasó la pala que tenía en las manos y fue a buscar otra para él. Ambos, sin intercambiar más palabras, se pusieron manos a la obra, mientras los perros correteaban a su alrededor. Durante una hora se dedicaron a reemplazar la paja sucia por otra fresca y rellenaron con agua fresca los abrevaderos.

—Pao, deberías montar a Leyenda ya si no quieres llegar tarde a la farmacia. Son las nueve —le dijo Carlos cuando fue consciente de la hora.

—¿Pero cuántas veces te tengo que decir que no me gusta nada que me llames así? —le dijo ella, con un tono que ni se aproximaba a ser de enfado.

—¡A sus órdenes, Pao!

Hizo un gesto cómico y ella puso los ojos en blanco y le lanzó unas briznas de paja. No había manera. Carlos empleaba muchas veces el diminutivo absurdo que le había puesto en el colegio y que dejaba a su nombre mutilado. Negó con la cabeza, resignada a no conseguir jamás que dejara de hacerlo, y preparó a Leyenda. Limpió sus cascos, cepilló con suavidad el lomo y después ajustó los estribos y la cincha sobre la silla de montar antes de elevarla y colocarla sobre una almohadilla de ensillar que ya tenía encima de la yegua. Después ató los arreos, tranquilizando al animal con suaves palabras. Colocó las riendas sobre la cabeza del animal y empujó con suavidad el bocado hasta que Leyenda lo tomó mansamente. Como siempre que hacía esto, premió al animal con una chuchería que guardaba en el bolsillo. Poco después, subida a lomos de su yegua, daba vueltas por el recinto del picadero. Carlos llevaba razón, se había entretenido y no tenía más de veinte minutos porque debería volver a casa, ducharse y cambiarse para ir a la farmacia.

—Me he despistado y no me da tiempo a quitarle los arreos si no quiero llegar tarde al trabajo —le dijo a Carlos mientras desmontaba.

—No te preocupes, ya lo hago yo —le contestó él, agarrando a Leyenda por las bridas. La yegua cabeceó un poco cuando Paola le acarició la testuz.

—Mañana vendré otra vez.

—¿No vas a pasarte por aquí esta tarde? —preguntó—. Tendré abierto hasta las seis.

—No puedo —contestó ella, triste—, tengo que comprar aún algunos regalos de Navidad y mi madre quiere que la acompañe a hacer la compra para la cena de Nochebuena. Creo que piensa que esa noche tiene que alimentar a un regimiento.

—Entonces, hasta mañana.

—Hasta mañana, Carlos.

—Hasta mañana, Pao.

Se dio la vuelta para decirle algo y se le acercó. Carlos pensó que se iba a ganar un pescozón por cansino, pero Paola, lo único que hizo, fue quedarse frente a él, mirándolo intensamente a los ojos. A Carlos se le volvieron a descomparar los latidos, pero intentó que ningún gesto lo delatase. Al momento, el rostro de Paola se iluminó con una sonrisa y le quitó el gorro de lana que aún llevaba puesto. El pelo negro de Carlos, alborotado de manera habitual, apareció aún más despeinado y revuelto. Paola se lo colocó antes de volver a hablar.

—Un día te la vas a ganar si no dejas de llamarme así —le dijo, sin dejar de sonreír.

Carlos también sonrió, pero su sonrisa se esfumó en cuanto ella cerró la puerta. A él también le quedaban solo unos días para disfrutar de su compañía. Sería mejor que lo aprovechara porque estaba seguro de que les quedaban muy pocos momentos como aquellos. Se volvió para terminar con la tarea, en la que se afanó para no pensar demasiado en lo que se aproximaba.

Los días siguientes se movieron en una secuencia repetida. Paola esperaba a Carlos dentro de su coche en la puerta del picadero, entraban

juntos, le ayudaba en las tareas de limpieza de los establos, montaba un ratito a Leyenda y se marchaba a trabajar a la farmacia. Aunque trataba de disimular, de fingirse fuerte, cada vez se la veía más triste. La despedida se acercaba y ella sabía que, por mucho que tratara de convencerse de que era lo mejor, no lo sentía así. Leyenda no era solo su yegua, era también su refugio en los malos días. Siempre que algo se le había torcido en los últimos años, la primera opción para calmarse pasaba por correr hasta el establo, prepararla y salir a cabalgar. Pero también era lo contrario; cuando Paola se sentía feliz, necesitaba compartir su dicha con ella, completarla con un paseo con su mejor amiga.

Ambas cosas estaban a punto de esfumarse.

El que aquel fuera el día de Nochebuena no impidió que se acercara al picadero. Los animales tenían que recibir cuidados todos los días y Carlos le dijo que abriría un rato por la mañana, así que, a las ocho, puntual como todos aquellos días, ya estaba en la puerta.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó él, al ver sus ojeras.

—Últimamente no duermo mucho.

Se encogió de hombros tras la respuesta y a la vez su cara compuso un gesto que sugería un no, pero a la vez daba a entender que estaba resignada. Carlos prefirió no insistir y ese día le dijo que no le ayudase en la limpieza, que dedicara todo el tiempo a Leyenda.

—Gracias —dijo ella, y se dirigió al establo silenciosa.

Cuando al poco Carlos entró para cambiar las camas de paja, sorprendió a Paola llorando, abrazada a la cabeza de su yegua.

—Eh, ¿qué pasa? —preguntó suavemente, dejando a un lado el rastrillo que llevaba en las manos y acercándose a ella.

—Ya ha aparecido un comprador y quiere llevársela a principios de enero —contestó, apartándose del animal y secándose las lágrimas con los dedos.

—Pao, ¿tú estás segura de que esto es lo que quieres hacer? —preguntó Carlos.

—No, claro que no estoy segura, pero... No hay otra opción. No me la puedo llevar a la ciudad.

Rompió a llorar con más fuerza, se rompió también por dentro. Su corazón galopaba loco y no era euforia lo que sentía, sino una infinita tristeza que se multiplicaba por segundos invadiéndola entera. A su padre le había dicho que todo estaba bien, pero era mentira. Sin embargo, no quería fingir delante de Carlos. Aunque fuera un bobo que la llamaba Pao, era su amigo desde que eran pequeños y amaba los caballos como ella. Si alguien podía entender cómo se sentía, ese era él, sin duda.

—No lo hagas —le susurró Carlos, muy bajito, mientras le acariciaba el pelo—. No permitas que te separen de ella.

—¡No puedo! No me puedo llevar a Leyenda conmigo y ya te dije que no puedo atenderla como necesita.

—Pero yo sí —le contestó, acariciándole el hombro en un gesto que pretendía transmitirle tranquilidad—, puede seguir aquí y esperar a que vengas. Yo la montaré y dejaré que lo haga gente de confianza para que no pierda la forma física. Y tú podrás seguir haciéndolo cuando vengas los fines de semana o en vacaciones. Paola, ya lo hice cuando estudiabas fuera y pudiste conservarla. Es tu yegua, mira cómo estás. No creo que sea buena idea para ti que la vendáis.

Claro que no era buena idea, pero la realidad imponía su ley. Se marchaba a otra ciudad y no podría cuidarla con la responsabilidad que exigía el animal. Entre otras razones.

—Mi padre dice que tengo que dejar de comportarme como una niña y aceptar que esta etapa ha pasado. Empiezo otra vida, Carlos, y en ella no cabe Leyenda.

—Te fuiste a la universidad y seguiste con ella, Paola, montándola solo los fines de semana. ¿Por qué ahora no vas a poder hacerlo? ¡No lo entiendo!

Se le escapó la frase con un tono de evidente enfado. Era tarde para morderse la lengua porque las palabras ya habían salido de su boca y habían llenado el aire del picadero de una rabia que no le correspondía. Paola le miró y, en contra de lo que él pensó, no replicó su ira. Tampoco ella lo entendía, buscó mil maneras para poder seguir conservando a Leyenda, pero su padre había hecho cuentas para ella, para demostrarle que no era así. No les iba a llegar el presupuesto. Sus dos hermanos pequeños estaban en la universidad y su padre no podía ayudarla como hizo cuando estudió ella. Cuando se fuera a Valladolid no cabía la opción de dejarla en un picadero allí, porque además ella tendría que asumir el alquiler de un piso, que no era precisamente barato.

También se hacía necesario un coche nuevo; el suyo, que ya tenía muchos años, apenas daba para pequeños trayectos o viajes ocasionales y urgía cambiarlo. La realidad había ganado en el duelo silencioso de las cosas que se pierden cuando emprendes otra vida. Para conseguir un trabajo mejor, un futuro, tenía que marcharse y el mantener en el picadero a Leyenda era un desembolso importante que no era abordable para ella de momento.

Se lo explicó a Carlos entre sollozos.

—¿De verdad crees que no hay más opciones? Yo... puedo encargarme de sus gastos hasta que puedas hacerlo tú, Paola, pero no la vendas.

La chica se abrazó de nuevo a la yegua, enterrando su rostro en ella y las lágrimas se mezclaron con las crines del animal. No sabía en esos momentos si la congoja que sentía era solo por la pérdida que supondría el animal para su ánimo o la emoción confusa que le provocaron las palabras de Carlos. Tenía narices que él estuviera dispuesto a buscar una solución para que no se separase de Leyenda y que su padre, quien tendría que estar mucho más preocupado por su ánimo, le hiciera números.

Con precaución para no asustarla, Carlos puso sus manos en los hombros de Paola y la separó de la yegua. Despacio, como si se tratase de un potrillo antes de ser domado que necesita mimos para dejarse acariciar, le dio la vuelta y la rodeó con un abrazo. Los sollozos de Paola se hicieron cada vez más intensos; por más que intentaba contenerlos, brotaban descontrolados de su interior. Necesitaba sacar las emociones que se le habían anudado en el pecho e impedían que respirase con normalidad y Carlos dejó que lo hicieran con paciencia. Drako, sumándose a aquel duelo, se tumbó encima de sus pies y empezó a gemir lastimero, uniéndose a la congoja de Paola. Tan audibles y tristísimos se volvieron sus lamentos que, al poco, Paola y Carlos se empezaron a reír.

—Este perro no es normal —acabó diciendo ella, separándose de su amigo.

—No, tiene tres patas —bromeó Carlos, y le dispersó una lágrima de la mejilla con el pulgar.

—Es un zalamero —añadió Paola, agachándose y levantándolo en brazos. El perro le regaló un lametón que se llevó el sabor salado de las lágrimas.

—Nadie quiere perderte de vista aquí, lo sabes, ¿verdad? —le dijo Carlos, apartándole con delicadeza un mechón de pelo de la cara.

—Lo sé —contestó ella, mirándole a los ojos y restregando el rostro a la

vez en la cabeza del perrillo.

—Quizá la Navidad haga uno de esos milagros que dicen y te puedas acabar quedando con lo que quieres.

Paola no creía en milagros de Navidad, pero ese año le gustaría que se produjera uno. Dejó al perro en el suelo, se secó las lágrimas que quedaban con la manga del abrigo, en un gesto muy poco elegante, y recompuso el semblante lo mejor que pudo. Acababa de tomar una decisión.

—Esta tarde quiero venir un rato, antes de la cena —le dijo a Carlos—. ¿Estarás?

—Mándame un mensaje con la hora y te esperaré.

—Es que mañana va a ser imposible, saldré esta noche a tomar algo y supongo que el día de Navidad no abrirás.

—No, mañana pasaremos el día con mis tíos. Lo voy a dejar todo listo para que a los animales no les falte nada y vendré después a última hora de la tarde a echarles otro vistazo.

—Entonces te llamo luego, ¿vale?

—De acuerdo. Adiós, Pao.

Se dio la vuelta y echó a andar hacia el fondo del picadero, para seguir con la tarea.

—¿No vas a dejar de llamarme así ni en los días que estoy triste? —gritó ella para que la oyera, aunque esta vez no estaba enfadada.

—¡Nunca!

El joven ni siquiera se dio la vuelta para mirarla cuando le dijo esto. Mientras su perfil se alejaba, Paola se fijó en el atractivo de Carlos. Hacía rato que se había quitado el abrigo, puesto que el esfuerzo físico le hacía tener calor a pesar del día frío que hacía. Su polar arremangado dejaba ver sus musculosos antebrazos, curtidos por el duro trabajo que exigía el cuidado de los animales. El pantalón se ajustaba a sus nalgas, insinuando su atlético cuerpo, y hasta las botas, embadurnadas de tierra y con restos de paja, le daban un atractivo que no era fácil de ignorar. Paola suspiró y, sin entender muy bien por qué, tal vez porque el consuelo que le había brindado la confundió un instante, se encontró imaginando recibir de él el beso que necesitaba en ese momento. Sacudió la cabeza, apartando esos pensamientos; las emociones le estaban jugando una mala pasada.

Su corazón también se unió a la confusión y Paola notó que sus convicciones se empezaban a tambalear, zarandeadas por el vaivén de su

pecho. Se preguntaba si lo que estaba sintiendo en esos momentos era producto de un instante de debilidad por todo lo que le sucedía o sentía algo más profundo por el chico de los caballos. Tenía que ser lo primero, llevaba unos días muy malos y Carlos era solo un amigo que se preocupaba por ella.

Eso era.

Este, por supuesto sin adivinar lo que pensaba Paola, entró en las cuadras y siguió con la tarea. En media hora aquello se llenaría de chiquillos que vendrían a visitar el picadero. En el pueblo habían organizado un taller de Navidad para tenerlos entretenidos y esa era una de las actividades estrella de las vacaciones.

A medida que se acercaba el día de Reyes, Paola se sentía más alicaída. Ni siquiera atracándose de turrónes y dulces típicos navideños lograba atajar la ansiedad que se apoderaba de ella al pensar en la separación de Leyenda. Los únicos momentos felices de esos días los estaba viviendo por las mañanas, cuando madrugaba para ir al picadero y encontrarse con Leyenda, aunque ni siquiera en ellos era capaz de desprenderse de la melancolía que envolvía su ánimo como un aura invisible.

La yegua, intuitiva e inteligente como todos los caballos, llevaba días contagiada del estado de ánimo de su dueña y se había negado a comer. Cuando Paola llegó la mañana del treinta y uno de diciembre, su pesebre estaba lleno de comida. Salió a buscar a Carlos, que se había retrasado cerrando la puerta principal, muy preocupada.

—¿Le pusiste ayer por la tarde más comida a Leyenda?

—No, pensé que lo hacías tú todos los días —dijo él, acompañándola de vuelta al establo—. ¿Debería haberlo hecho?

—Si no has sido tú... Mira.

Le cogió la mano y lo arrastró hasta la artesa repleta de heno y pienso. Leyenda no parecía haber prestado atención a la comida que Paola le dejó el día anterior.

—¿Ves?

—Pues no, no he sido yo.

Carlos se soltó de Paola, se acercó a la yegua y la acarició con una mano,

mientras que con la otra le ofrecía algo de comida. El animal giró la cabeza y la rechazó, emitiendo a la vez un suave relincho.

—Los caballos lo detectan todo —le dijo Carlos a su amiga—. Tienen una capacidad inmensa para sentir empatía. Tienes que intentar venir más serena por las mañanas para que no lo pase mal.

—No puedo, no estoy tranquila. Me quedan apenas cuatro o cinco días con ella. ¿Cómo voy a estarlo?

—Sé que es difícil, Paola, pero deberías esforzarte. Te propongo algo, una cosa que os va a venir bien a las dos —dijo él—. ¿Qué te parece si esta tarde salimos a cabalgar? Tú, Leyenda, mi caballo y yo. Un par de horas al galope os sentarán de maravilla.

—Esta noche es Nochevieja —le dijo Paola—. ¿No tienes nada que hacer?

—Cenar con la familia, pero no han quedado hasta las nueve, y tal vez salir un rato después de las uvas a tomar algo. Pero por eso no te preocupes, por ver a una chica guapa feliz, soy capaz de dejarlo todo.

Le regaló una amplia sonrisa y Paola se quedó hipnotizada. Pensó si tenía algo más importante que hacer esa tarde. En realidad, no había nada que le apeteciera más que pasar un rato con Leyenda. Y con Carlos, si era sincera consigo misma.

—¿Te animas? —preguntó él.

Ella lo pensó unos instantes. Consultó a su corazón y enseguida supo la respuesta.

—Me animo.

—Y... ya que estamos... —dijo Carlos, mirándola a los ojos—. ¿Comerías hoy conmigo?

La pregunta provocó que el rostro de Paola se contrajera en una duda. Ese día era Nochevieja y todo el mundo tenía un millón y medio de cosas que hacer hasta la cena.

—¿Hoy?

—Sí, hoy.

—Pero...

—¿Te preguntas por qué quiero que comas conmigo?

—Sí, nunca me habías propuesto nada así.

—Paola —dijo él, tomándole las manos—. Regálame este día antes de que te vayas. Cuando se lleven a Leyenda dejaremos de pasar estos ratos

juntos y estoy seguro de que, después, te olvidarás de venir por aquí. Tal vez algún día te acerques, pero te acabarás acomodando a tu nueva vida y pronto todo esto dejará de formar parte de tu rutina.

—Eso suena a despedida...

—Te irás, así que... puede que sí.

—No me iré hasta después de las fiestas, todavía quedan algunos días. Y no me voy para siempre.

—Te irás —repitió él—. Me gustaría que tuvieras un buen recuerdo de despedida, aunque si no quieres...

Ella le soltó las manos. En el fondo, sabía que Carlos llevaba razón, que todas aquellas madrugadas gélidas que pasaba esperándolo en la puerta del picadero para que abriera, sin la yegua dejarían de tener sentido. No le estaba pidiendo tanto.

—¡Vamos! ¡Anímate! Te vendrá bien —dijo Carlos.

Le guiñó un ojo y ella sonrió.

—De acuerdo, hoy como contigo.

El simple hecho de pensar en galopar con la yegua blanca había insuflado nuevos ánimos en ella. La comida con Carlos también le empezó a apetecer mucho.

—Hecho —cedió Paola—, pero me dejas que yo lleve los ingredientes y cocine.

—Yo pensaba hacerlo para ti, se me da muy bien cocinar, pero si insistes...

—Ya sé que estás más acostumbrado a hacerlo que yo, pero te voy a sorprender, ya lo verás. Mi madre se ha empeñado en hacer de mí una mujer que no tenga que recurrir por torpeza a la comida basura y estoy aprendiendo a defenderme en la cocina. Voy a preparar a Leyenda y a dar una vuelta con ella mientras pienso con qué sorprenderte.

Los planes trazados para la tarde hicieron que el rostro de Paola recuperase un brillo que llevaba días apagado.

—Voy a trabajar un poco, mañana no vendré por la mañana y tengo que dejar listas algunas cosas antes de irme —dijo Carlos.

—Yo me voy con Leyenda y pensaré en algo que te deje con la boca abierta.

Cada uno continuó a lo suyo hasta que llegó el momento en el que Paola debía irse. La farmacia abría hasta mediodía y era su último día de trabajo.

Esperaba que le diera tiempo a escaparse un momento para comprar los ingredientes. Mientras montaba a Leyenda, pensó más en lo que comerían que en que aquella mañana cerraba un ciclo en su vida.

—Nos vemos en tu casa —le dijo a Carlos cuando se dirigía a la salida del picadero—. Hoy cerramos a la una y media, ¿a qué hora voy?

—A esa hora yo ya estaré allí, así que cuando te venga bien.

—Perfecto entonces. ¡Hasta luego!

—Te espero.

Paola se marchó del picadero con el ánimo renovado. Estaba segura de algo: la comida y el paseo serían el mejor regalo que recibiría en esa Navidad que estaba resultando tan melancólica. Le apetecía compartirlos con Carlos porque también temía que la complicidad que siempre habían sentido se acabaría diluyendo con la distancia.

No solo perdería a su yegua y un perro de tres patas cuando se fuera a Valladolid.

Cuando, tres años atrás, Carlos tomó la decisión de irse a vivir solo, compró una vieja casa en el pueblo y la reformó. El exterior ofrecía el coqueto aspecto de una vivienda rural construida en piedra, con vigas en madera en los dinteles de puertas y ventanas. En contraste, un interior alejado de cualquier alusión rústica albergaba una funcional casa moderna con todas las comodidades del siglo XXI. Era un reflejo del pueblo y su gente. Visto desde fuera, desde los ojos de quienes no se fijaran más que en la superficie, Grimiél seguía pareciendo anclado en otro tiempo, inmerso en el pasado presidido por la silueta de la iglesia románica o las viviendas unifamiliares. Visto desde dentro, las diferencias apenas existían: sus habitantes escuchaban la misma música que la gente de ciudad, veían las mismas películas, usaban las mismas redes sociales e incluso compraban en las mismas tiendas virtuales.

Hasta habían sucumbido al encanto de Ikea.

Paola sabía de la reforma. Pasó por delante una mañana y recordaba un revuelo de albañiles, rozas en las paredes, ladrillos recién puestos y un reguero de materiales a medio desembalar esparcidos por el suelo. Ni se imaginó que de ese desastre pudieran haber conseguido algo tan espectacular.

—¡Hala, qué bonita es! —exclamó cuando entraron en el salón, donde

Carlos ya había puesto la mesa.

Paola dejó la bolsa de la compra en el suelo y se quitó el abrigo.

—¿Te gusta cómo ha quedado?

—Ni me la imaginé así cuando vi la obra —dijo ella—. ¡Es preciosa!

—Espera a entrar en la cocina. Será tu territorio dentro de un rato. Yo quería cocinar para ti, pero como te has empeñado...

Recogió la bolsa del suelo e indicó a Paola que le siguiera. Si la entrada y el salón le habían parecido increíbles, la cocina superó sus expectativas. Un blanco luminoso presidía el ambiente. Los muebles lacados en ese color contrastaban con una encimera negra donde Carlos dejó lo que traía en las manos.

—¿Quieres que te ayude o prefieres cocinar tú sola? —preguntó Carlos.

Ella le miró, dudosa.

—Venga, te dejo que me ayudes, pero es por puro interés.

—¿Me vas a ordenar las tareas más duras, como pelar ajos o deshuesar un pollo?

—No —sonrió Paola—, mi receta es muy sencilla, pero no sé dónde está nada. Por ejemplo, necesito una cacerola y una sartén. Si no quieres que me pase la mitad del tiempo abriendo y cerrando armarios, y de paso cotilleando lo que tienes, quédate cerca.

—Mejor, capaz serías de ir luego al bar a contarle a todo el mundo que tengo la levadura caducada desde 2014...

—¿No me creerás capaz? —Ella se echó a reír.

—Me encanta que te rías, Pao —le dijo, casi en un susurro, a la vez que le daba un pequeño toque en la punta de la nariz con el dedo índice.

Paola primero dio un respingo y después cabeceó negando. Era típico de Carlos decir cosas así, pero tenía razón: a ella también le estaba encantando oírse reír. Llevaba demasiados días con un único tema en la cabeza que lo ocupaba todo y aquella mañana, después del momento de debilidad en el picadero, estaba siendo capaz de reconducir sus pensamientos. La comida y la promesa del paseo con Leyenda esa tarde, estaba segura, los iba a disfrutar mucho más que la cena con la que recibiría el Año Nuevo, uno que no arrancaba muy bien puesto que la primera de las cosas que anotaría en su agenda mental de recuerdos sería que se marchaba del pueblo, teniendo además que despedirse de su yegua.

Trató de no pensar en ello, no al menos durante las siguientes horas.

—Venga, vamos a empezar. No podemos entretenernos mucho si queremos salir a cabalgar, ahora anochece pronto.

—Cierto —dijo él—. ¿Qué has traído?

Paola fue sacando su escueta compra de la bolsa mientras enumeraba los ingredientes.

—Cebollas, caldo preparado, pasas y arándanos, una botella de vino dulce y un solomillo de cerdo.

—¿No necesitas nada más?

—Claro que sí, pero he supuesto que lo tendrías. Son cosas que están en cualquier cocina. Nos van a hacer falta sal, pimienta molida, aceite de oliva y harina.

En un momento, Carlos buscó en los armarios lo que le pedía Paola y los ordenó sobre la encimera.

—También he traído una botella de Ribera de Duero. —Paola le mostró un vino de reserva, lo último que sacó de la bolsa—. Puedes empezar por abrir las dos botellas.

Carlos le pidió que se apartase un poco para buscar el sacacorchos en el cajón de los cubiertos, que estaba justo a su lado. Cuando se aproximó a ella, el aroma del gel de baño en su pelo mojado inundó a Paola. Nada más llegar del picadero, Carlos se había dado una ducha, como todos los días hacía después de regresar de su tarea con los caballos, y aún no se le había secado. Fue en ese momento cuando ella se fijó en el aspecto en su amigo. Se había puesto una camisa de rayas rojas y blancas y un pantalón vaquero que le sentaba muy bien, y había cambiado las botas de trabajo por unos *joggers*.

Se estaba dando cuenta de que siempre había sido consciente de las cualidades de Carlos que no tenían nada que ver con su físico. Sabía que era amable, detallista, atento, cariñoso y compasivo con los animales. Sabía que era un chico alegre y autosuficiente desde pequeño, pero nunca se había parado a fijarse en detalles como su pelo brillante, su mirada limpia, sus labios sensuales que dejaban ver una hilera de dientes perfectos cuando sonreía o el ancho de su espalda que permitía adivinar un torso musculado por el duro trabajo en el picadero. La ropa que se había puesto no tenía nada de especial, pero contrastaba mucho con el aspecto que presentaba en los establos y tal vez fuera eso lo que estaba haciendo que Paola tuviera que recordarle a su corazón que se serenase y no latiera sin permiso a ese ritmo.

Debía concentrarse en la receta.

Carlos, ajeno a los pensamientos de ella, se peleaba con el abridor. Con la botella de vino dulce había sido relativamente fácil, pero la de reserva se le resistió unos minutos.

—¡Por fin! —dijo, cuando fue capaz de extraer el corcho—. Voy a buscar unas copas, ¿crees que serás capaz de no confundirte con los pasos de la receta si la haces tomando un vinito?

—Me ofende mucho que desconfíes de mí.

—¿De tu arte en la cocina?

—De mi aguante con el alcohol.

Carlos, riéndose, fue al salón a buscar las copas, mientras ella ponía en blanco los ojos. Ya podía fingir que bebía, lo de su aguante con el alcohol había sido una bravuconería absurda. A la primera copa empezaba a sentir sus efectos. A la segunda, se reía por todo. Con la tercera, agarraba una borrachera de bajo presupuesto, pero que tenía los mismos efectos en ella que si otro se bebiera una botella entera de ron añejo con limón.

—¿Brindamos? —preguntó él, cuando al volver a la cocina terminó de rellenar las copas y le dio la suya a ella.

—Perfecto. ¿Por qué brindamos?

—Por el Año Nuevo, que sea el mejor de tu vida.

—Creo que no va a empezar muy allá, así que mejor piensa en otra cosa.

—Vale, pues entonces brindaremos por tu receta. No me has dicho todavía lo que vas a cocinar.

—Solomillo con pasas y arándanos. Te va a encantar.

Él la miró desde el borde de su copa mientras bebía el primer sorbo. Le daba igual lo que cocinara, lo importante de esa comida era apurar el tiempo que les quedase. No solo Leyenda o Drako iban a sentir su ausencia.

—Venga, ¿qué más necesitas que te busque? —le preguntó, dejando la copa en una esquina de la encimera, tratando de olvidarse de lo que había provocado aquella invitación.

—Pues... Una cacerola y una sartén medianas.

—¡Sí, chef! —gritó él, imitando los programas de la tele, y se puso a buscarlos.

—¡Pero mira que eres idiota!

Cuando se los dio, Paola colocó la cacerola encima de la vitrocerámica, la encendió y puso un chorro generoso de aceite, unas tres cucharadas que calculó a ojo.

—Espera, se nos ha olvidado algo —dijo Carlos. Abrió uno de los cajones y extrajo de él un delantal—. No quiero que te pongas perdida.

Se colocó a su espalda, pasó la cinta por su cuello y, antes de que ella reaccionara, sacó con suavidad de debajo de ella su melena rizada. El roce de las manos de Carlos en su piel provocó que Paola se estremeciera. Después, cuando lentamente ató las cuerdas para ajustarlo, ella cerró los ojos, intentando encontrarle una explicación al temblor que se había despertado en su cuerpo. Este se multiplicó por mil cuando él terminó de atar el delantal, se aferró con las manos en sus caderas y le susurró bajito, al oído: —Lista. ¿Seguimos?

Paola, embarcada en un mar de sensaciones inesperadas, tardó unos instantes en contestar, los que necesitó para empujar un tono de voz que sonase más sereno de lo que se sentía en realidad.

—Eh... sí, sí... También necesito una tabla y un cuchillo para partir una cebolla en juliana.

Él se los dio y se recreó en el movimiento de sus manos mientras troceaba la hortaliza. Una vez la cebolla estuvo lista, Paola la depositó en la sartén, donde enseguida empezó a chisporrotear. Bajó el fuego para que se fuera pochando sin quemarse. En ese momento se giró para pedirle que la removiera mientras ella adelantaba los siguientes pasos, y se encontró un instante perdida en unos ojos castaños que la miraban con intensidad. Carlos había vuelto a tomar la copa de vino entre las manos y, apoyado en la encimera, acariciaba su suave superficie de vidrio con el pulgar.

—¿Dónde aprendiste a hacer esta receta? —preguntó él, interrumpiéndose cuando se dio cuenta de que se había quedado atontado mirándola.

—¿Dónde voy a aprender? ¡En YouTube! —respondió ella.

Él se echó a reír. Mucha gente usaba el canal para surtirse de recetas, no debería extrañarle que pudiera haber aprendido ahí, como una autodidacta más del siglo XXI. Solo cuando la miró y vio una traviesa sonrisa en sus labios supo que le estaba tomando el pelo.

—No la he aprendido en YouTube, me la enseñó mi madre. Lleva unos meses dándome un curso exprés de cocina para que cuando me vaya no me alimente solo de patatas fritas y filetes a la plancha, que era todo lo que sabía hacer hasta hace poco.

—¿Y por qué la has elegido para hoy?

—Porque es la que mejor me sale y porque estoy segura de que te va a encantar. A menos que seas vegetariano —le dijo, preocupada de pronto.

—Has tenido suerte de dar con un omnívoro en toda regla.

—Yo también como casi de todo, pero hay algo que jamás sería capaz: comer carne de caballo. Pienso que podría ser Leyenda y me angustio —contestó ella.

—¿No lo harías incluso si te murieras de hambre?

—Incluso entonces. ¿Te imaginas? Si sintiera que la llevan al matadero para convertirla en alimento... uf... intentaría pelear por liberarla con todas mis fuerzas. Querría protegerla de ese destino, ayudarla a escapar. No me importaría saltarme todas las leyes del mundo si con eso la salvase.

—Es tu mejor amiga, es normal.

—La quiero —dijo ella.

—Todos nos empeñamos en proteger a quienes queremos. ¿Más vino?

Paola apenas había tocado su copa, pero permitió que Carlos se la rellenase un poco y fue ella la que planteó el brindis.

—Brindemos entonces por los omnívoros que ni en sueños comerían carne de caballo.

—Y por quienes pelean para proteger a quienes aman.

Chocaron las copas con suavidad y les dieron otro sorbo.

—Venga, dime más cosas que tenga que hacer —dijo él, dispuesto a seguir ayudando.

—Mientras yo parto el solomillo, pon agua en un vaso y mete unas cuantas pasas y arándanos en él.

—¿Qué cantidad?

—Doce pasas y doce arándanos.

Carlos abrió las bolsitas en las que venían envasados y empezó a contarlos mientras los ponía en el vaso. Por el rabillo del ojo, notó que Paola se estaba riendo y se volvió para mirarla.

—Perdona —dijo ella, mientras soltaba una carcajada—. Pensé que te darías cuenta de que te estaba tomando el pelo. Con que pongas unos cuantos de cada, más o menos medio vaso en total, es suficiente. No los tienes que contar.

—Luego no te quejes si te la devuelvo en algún momento —contestó Carlos, riéndose también, mientras negaba con la cabeza. Paola sacó la carne del envoltorio de la carnicería y se dispuso a despojar el solomillo de restos

de grasa. Una vez lo tuvo, lo empezó a partir en medallones de un dedo de ancho.

—Pon aceite en la sartén y enciende el fuego —le sugirió.

—¿Cuánto?

—Como cuatro cucharadas. Necesito sellar la carne para que no pierda sus jugos.

Mientras le decía esto, había dejado la tabla y el cuchillo en el fregadero y salpimentaba la carne sobre el papel encerado de la carnicería. Debería de haberle pedido un plato, pero ya era tarde. No quería que el aceite se arrebataste antes de poner dentro el solomillo, que solo iba a marcar en él. De ese modo, según le había explicado su madre, además de quedar jugoso, el sabor del solomillo pasaba al aceite, dotando al plato de más sustancia y haciendo que la carne fuera más agradable a la hora de comer.

—¿Puedo avanzar yo por otro lado? —preguntó Carlos.

—Sí, ¿qué tal va la cebolla?

—Blandita —dijo él, mientras lo comprobaba dándole unas vueltas con la cuchara de madera.

—Es el momento de poner la harina.

—¿Cuánta?

—Con un par de cucharadas rasas sirve. Deja que se tueste un poco para que no sepa a crudo y después echas el caldo y remueves hasta que espese.

—¿Lo caliente antes?

—No, así evitamos que se hagan grumos. Ponlo en frío.

Le dio un suave culetazo para que se apartase un poco de la vitrocerámica y le hiciera un hueco. Aunque la cocina no era pequeña, estaban trabajando muy juntos. Él le devolvió el gesto y ambos se echaron a reír.

Con delicadeza, Paola fue colocando los trozos de carne dentro del aceite, dejándolos solo el tiempo justo para que se marcasen con un ligerísimo dorado. Uno a uno, los fue sacando y reservándolos en un plato. Mientras, Carlos siguió sus instrucciones: tostó la harina y añadió el caldo. Lo removió y enseguida obtuvo una salsa espesa en la que flotaban los trozos de la cebolla. Cuando empezó a hervir, Paola añadió el solomillo.

—Ahora viene cuando me echas de tu casa por ponerte la cocina como un cristo —dijo ella.

—¿Qué vas a hacer?

—Ya verás...

Cogió la copa de vino y le dio un trago antes de ponerse con el siguiente paso. En la sartén donde había marcado el solomillo, echó cuatro cucharadas generosas de azúcar.

—¿Azúcar? —preguntó él, extrañado—. A ver si te voy a tener que quitar el vino, que estás haciendo carne...

Ella le miró divertida.

—Esta receta es así, lleva azúcar. Y no me distraigas, es el paso más delicado.

Empezó a darle vueltas hasta que el azúcar comenzó a tostarse y caramelizarse. Carlos no veía que la cocina sufriera daños especiales, en realidad hasta el momento estaba todo muy limpio, pero enseguida iba a descubrir de qué le hablaba Paola cuando cogió la botella de vino dulce y rellenó un vaso.

—Aparta —le dijo.

Al echar el vino sobre el azúcar caramelizado en aceite, la cocina se inundó de un rico olor, a la vez que los azulejos, la encimera, la vitrocerámica, la cacerola y la sartén acabaron salpicados de diminutas gotas que emitieron un chisporroteo abrumador. Ella llevaba razón, en segundos aquello parecía una zona de guerra en la que el entorno había sufrido los daños colaterales de una bomba. Paola no se amedrentó por las diminutas salpicaduras que quemaban como pequeños alfileres en sus manos y siguió removiendo hasta que el caramelo se disolvió con el vino y el aceite. Era el paso más delicado, no solo porque a veces, si no tenía cuidado, la salsa acababa ardiendo, sino porque, si se pasaba de tiempo, el azúcar se quemaba y el sabor era un completo desastre.

—Allá va.

Levantó la sartén y puso la mezcla dentro de la cacerola, que hacía ya unos segundos que hervía. Al remover, la salsa adquirió un tono marrón oscuro y de la cacerola emergió un exquisito aroma. Puso la tapa, bajó el fuego y se volvió hacia Carlos.

—Listo, veinte minutos y podremos comer. Casi el tiempo que me va a llevar recoger todo este lío —dijo ella.

—Deja eso y tomémonos el vino tranquilos en el salón. Ya lo recogeremos luego.

—Cocinero de pacotilla, la cocina no se deja así...

—Hoy sí.

Carlos le puso la copa en una mano y la agarró de la otra para que le siguiera. Paola se sintió inesperadamente cómoda aferrada a él. No era la primera vez que se cogían de la mano, pero en aquel momento sintió que sus dedos, que se habían entrelazado de manera espontánea, encajaban a la perfección. No habían terminado de salir de la cocina cuando ella, a su pesar, se soltó. Recordó un detalle de la receta que había pasado por alto.

—Se me había olvidado.

Le dio la copa y regresó a la encimera. Allí, abandonados, las pasas y los arándanos esperaban su turno para ser el remate de un plato que los portaba en su nombre. Escurrió el agua y fue a ponerlos con cuidado en la cacerola. Antes cogió uno de los arándanos del vaso y se lo llevó a la boca. Empujó con el dedo la fruta, hinchada por el baño en agua, y esta explotó entre la lengua y el paladar, repartiendo en su boca el sabor entre dulce y ácido. Mientras lo degustaba, cerró los ojos y sonrió de manera inconsciente. Disfrutaba de aquellos diminutos placeres que deparaba la cocina tanto como alguien que devora con gula una caja de bombones.

Carlos, que seguía con las dos copas de vino en la mano, la observaba apoyado en el quicio de la puerta. Él lo que devoraba era su rostro, su sensual perfil que parecía brillar al reflejar el deleite con el que paladeaba la fruta.

—¿Qué? —preguntó ella, cuando abrió los ojos, salió de su trance y se encontró con la intensa mirada de él.

—¿Puedo probarlo yo? —le preguntó Carlos.

Paola cogió una pasa y se le acercó con ella. Despacio, la colocó en su boca. Él, que al verla llegar había apartado los brazos, cada uno con una copa en la mano, la recibió, a la vez que atrapaba el dedo de la chica entre sus labios. Paola no calculó que aquello había desatado un incendio en los sentidos del chico de los caballos. Los cinco se alborotaron a la vez, formando una tormenta en su sistema neuronal, que empezaba a colapsarse. Tal vez por eso no se movió. Ella, contagiada por el fuego de su mirada, tampoco lo hizo.

Tardaron en deshacer aquel momento.

Se quedaron prendidos en ese instante, saboreando pasas y arándanos, sintiéndose en el minúsculo fragmento de piel que tenían en contacto. Muy despacio, Paola retiró el dedo de los labios de Carlos, pero no se alejó de él. Estaban tan cerca que podían sentir el aliento del otro y el olor de sus pieles.

—Se me ha olvidado programar la vitro —susurró ella.

Haciendo un tremendo esfuerzo, se dio la vuelta, intentando recomponerse de lo que estaba sintiendo. Con los dedos temblorosos, programó el temporizador de la vitrocerámica en los veinte minutos necesarios para que el plato se rematase y se quitó el delantal.

—Ahora sí —le dijo—. Ahora nos podemos tomar el vino. Se pasaron los veinte minutos sacando de sus memorias viejas anécdotas compartidas mientras terminaban sus copas. Al refrescarlas, recordaron todo lo que habían vivido juntos. El colegio, el instituto, el picadero... las excursiones al río, los coches de choque, los bailes en la plaza en las fiestas de verano... Compartían tantas vivencias que los veinte minutos que tardó en hacerse el solomillo se pasaron en un suspiro. El vino animó palabras y sonrisas, y relajó el ambiente, dándole a Paola la paz que no había encontrado desde hacía semanas. Cuando el temporizador indicó que el solomillo estaba listo lo llevaron a la mesa. Ella hizo los honores de servir el plato que había preparado y esperó atenta a que Carlos lo probase. Este, observando que le miraba sin pestañear, preguntó: —¿Qué?

—Nada.

—¿Cómo que nada? No dejas de mirarme. Me estás poniendo nervioso.

—Es que espero para ver tu reacción.

Él alargó esa espera de manera intencionada. Como si fuera un partido de tenis, la pelota volvió al campo de Paola, ahora era ella la que se estaba poniendo nerviosa. Cuando se cansó de jugar con su ánimo, Carlos probó el plato y enseguida sus ojos se agrandaron por la sorpresa. Ella le había prometido un sabor inesperado y era cierto, no se lo esperaba.

—¿Te gusta?

—Me encanta. Es sabroso, aromático y muy tierno.

—¿Eso es todo lo que se te ocurre? Yo creía que eras muy fan de los programas de cocina, tal y como has contestado antes y que me dirías algo más.

—¿Quieres que te diga algo más?

—No estaría mal —dijo ella, riendo, a la vez que esperaba expectante su explicación—. Soy una novata que se ha arriesgado a cocinar.

—Para ser una novata has bordado este plato. A ver cómo te lo describo... —Carlos se tomó un momento para pensar. Después, mirando a los ojos de Paola, empezó a hablar—. Es tentador a la vista, deseable, pero no se puede comparar con lo que se siente cuando te lo acercas a la boca. Al

aproximarlo te invade un exquisito aroma y casi no haría falta ni saborearlo para enamorarte de él. Los arándanos y las pasas le dan un toque especial, explotan mezclando su sabor con el azúcar de la salsa y suavizando el sabor la carne. Este plato es como...

—¿Cómo es?

—Muy como tú.

—¿Como yo? ¿Te parezco un solomillo?

Carlos se echó a reír.

—¿Brindamos? Hoy treinta y uno de diciembre, es día de brindar. Por...

— Carlos lo pensó un instante—, por los que se arriesgan. A veces sale bien.

Tomó la copa y Paola le imitó. Se encontró reaccionando al sonido de los vidrios chocando con un cosquilleo que le empezó en el estómago y al instante contagió a su corazón. Se enfadó un poco con esa extraña costumbre que estaba cogiendo de latir a otro ritmo cuando una frase de Carlos se estrellaba suavemente contra sus emociones. Miró la copa, por si el Ribera de Duero tuviera algo que ver con las caóticas respuestas de su cuerpo ese día pero, quizá también por el vino de reserva, no fue capaz de establecer un diagnóstico.

Cuando terminaron la comida, Paola se ofreció a recoger la cocina.

—Nada de eso, ve a cambiarte. Yo no tardaré con esto —le dijo él.

—¿De verdad? Mira qué lío he armado...

—De verdad. ¡Venga! Los caballos nos esperan. ¿No estabas deseando salir a cabalgar?

Paola afirmó, mientras recogía su abrigo. Estaba a punto de salir de la casa, cuando se dio la vuelta.

—Me ha encantado cocinar contigo.

—A mí también. —La tomó de una mano y la aproximó hasta su cuerpo. Paola, relajada como estaba después del vino, se dejó arrastrar—. En un rato te espero en el picadero.

Le guiñó un ojo y depositó un beso en su mejilla, puede que en realidad fuera muy cerca de sus labios. Aunque a lo mejor no, a lo mejor Paola, con tanto vino, se lo había imaginado.

Después de recoger, Carlos se fue al picadero para preparar a los caballos. Su semental, castaño, con la cola, la crin y las patas negras, esperaba junto a Leyenda. Tenía cuatro años y era un caballo árabe que le había regalado su tío por su veintiún cumpleaños. Carlos adoraba al animal, aunque su relación distaba mucho de ser tan especial como la que tenían Paola y la yegua blanca, una en la que la complicidad entre ambas hacía que, cuando la montaba, parecieran un solo ser. A pesar de ello, a Carlos ni se le pasaba por la cabeza deshacerse jamás de Canalla. Quizá por eso sentía que la decisión de Paola de vender a Leyenda era un error del que se acabaría arrepintiendo.

El nombre del caballo de Carlos tenía su propia historia. Se lo había puesto porque, cuando lo trajeron, lo primero que hizo fue robarle la comida a otro de los sementales, a pesar de que era un canijo y podría haber salido muy mal parado. Pero Canalla, ya desde ese momento, demostró que era mucho más rápido que el resto, y se escapó del otro caballo a tiempo de evitar llevarse un buen mordisco. A Carlos, Canalla le pareció el mejor nombre para ese potrillo caradura que le había regalado su tío.

Paola llegó vestida para la ocasión. Carlos no pudo evitar pensar en lo guapa que estaba, lo bien que le quedaba la ropa de montar: los pantalones ajustados y elásticos se ceñían a su cuerpo, dejando ver sus sugerentes curvas. Para ese día había elegido unos blancos, como Leyenda, que a Carlos eran los que más le gustaban, aunque nunca se permitiría decirlo en voz alta. Ella se había puesto un cortavientos negro y las botas altas de piel, también negras. Cuando bajó del coche, tenía en las manos el casco y los guantes. Completaba el atuendo la hermosa sonrisa que le dedicó cuando llegó.

Él, por su parte, iba vestido de manera similar, pero con los pantalones negros y el cortavientos marrón claro. Con esa ropa, muy lejos de la que se ponía para trabajar todos los días en la limpieza de los animales, y recién afeitado, Paola volvió a pensar que estaba guapísimo.

—Veo que ya estáis preparados —le dijo.

Se pasó los guantes a la misma mano donde llevaba el casco y, con la otra, le dedicó unos mimos a Leyenda. Canalla, un poco celoso, relinchó a la vez que movía la cabeza hacia los lados, lo que provocó que Paola se riera y también le dedicase unas caricias.

—No te pongas celoso, Canalla —le dijo—. También hay mimos para ti.

Carlos, a su espalda, imitó la voz del caballo, lo que hizo que Paola negase con la cabeza.

—¿Tú también?

—No sé por qué me discriminas —dijo Carlos—. Apuesto a que si fuera caballo ya habrías acercado tu frente a la mía y habrías cerrado los ojos...

Paola le estaba mirando con la boca abierta por la sorpresa, desconcertada por las palabras que Carlos pronunciaba. Aunque le conocía de siempre, llevaba un día demostrando por ella algo que más no fuera el querer conseguir cabrearla. A pesar de su turbación, consiguió hacerle una pregunta: —¿Cómo cierro los ojos?

—Como si estuvieras en otro mundo, en uno donde solo cabéis la yegua y tú.

No supo qué decirle. Carlos la miraba directamente a los ojos, con una intensidad que alteró su ánimo hasta hacer que sintiera un cosquilleo extendiéndose por todo su cuerpo.

—Se te pone cara de alucinada, Pao —dijo.

Al escuchar la última frase supuso que le estaba tomando el pelo. Sopló un mechón del flequillo, que se le estaba metiendo en los ojos y movió la cabeza hacia los lados, dejándolo por imposible. Se tenía que haber imaginado que los halagos hacia ella no eran propios de él, que Carlos no era de soltar piropos a las chicas sino, más bien, de prepararles alguna bromita pesada. No se quiso acordar de las veces que había acabado corriendo detrás de él para devolverle un pescozón por alguna de sus ocurrencias.

Decidió olvidar lo que sentía y ponerse el casco, pero los guantes en la mano le molestaban para atarlo.

—Déjame —le dijo él.

Los dedos helados de Carlos le rozaron apenas la mejilla mientras manipulaba el cierre, tal vez él ni siquiera se diera cuenta, aunque Paola lo notó como un latigazo en el estómago. Fue solo un roce, un instante, pero el desconcierto empezó a cabalgar de nuevo por sus venas, anticipándose a la excursión que tenían programada. Turbada, segura de que ese día se sentía tan extraña que cualquier cosa que la sacase de ese estado le provocaba reacciones inesperadas, le dio las gracias y se puso los guantes. Observó cómo él se subía en el caballo de un salto ágil y se regañó por pensar, de nuevo, que estaba guapísimo. ¡Joder, era Carlos! No era un desconocido. ¿Por qué nunca se había sentido así a su lado hasta ese día? Volvió a pensar que eran las emociones de esos días que le jugaban malas pasadas y se dijo que tenía que dejarse de tonterías.

Montó a Leyenda y empezó a caminar con ella al lado de Carlos y su semental.

Minutos después dejaban el pueblo y se adentraban en campo abierto con los dos caballos. Carlos imprimió al paseo un trote ligero, pero de pronto cambió de idea y espoleó a Canalla, que enseguida empezó a galopar con toda la energía que guardaba.

—¡No seas tramposo! —gritó Paola—. Se van a enterar. ¡Vamos, Leyenda!

Azuzó a la yegua para que siguiera al semental, pero la ventaja y la velocidad del macho parecían inabordables. Unos minutos después, Carlos hizo que Canalla bajase el ritmo y ambos las esperaron. Se detuvieron en las inmediaciones del bosque. Paola y Leyenda llegaron jadeando por el esfuerzo.

—Pero ¿estás loco? —le dijo.

—¿No querías una carrera con Leyenda? Pues la has tenido.

—Sí, pero avisa, me has ganado porque has hecho trampa —protestó ella.

—Te hubiera ganado de todos modos, soy el mejor y tú lo sabes.

—¡Eres más chulito...! —le dijo Paola.

Carlos soltó una carcajada y ella volvió a notar un pellizco en el estómago. No era hambre. Tampoco le dolía. Era como el sutil aleteo de una mariposa. Se puso la mano en la barriga y pensó que ese bicho se había equivocado de inquilina. Ella llevaba un cartel con *leds* brillantes que decía: *ocupada*. Las mariposas deberían tener en cuenta los carteles antes de colarse en lugares prohibidos.

—¿Lo estás pasando bien? —le preguntó Carlos, interrumpiendo sus pensamientos.

—Eh... Sí, sí —titubeó—. Hacía mucho que no me sentía así—. Gracias por este último día en el campo con Leyenda. Todo está siendo muy especial y te lo debo a ti.

—No te pongas tontorrón, ¿vale?

—¡Pero si no he dicho todavía nada!

—Por si acaso. A veces, Pao, eres demasiado...

—A ver qué dices...

Se acercó a ella. Los flancos de los caballos se tocaban, incluso sus piernas se rozaron. La cabeza de Leyenda miraba en dirección contraria a la de Canalla, y Paola y Carlos estaban frente a frente. No dejaba de mirarla, las

mariposas se debían estar multiplicando sin control dentro de ella, ignorando los carteles, sus advertencias y todos los miedos que de pronto empezaron a extenderse por Paola. Carlos inclinó su cuerpo hacia Paola y le susurró al oído: —Eres demasiado buena y eso te convierte en un poco tonta. Deberías sacar ese carácter que sé que tienes escondido en alguna parte más a menudo. ¿Damos un paseo por la orilla del río?

No esperó a que le contestase. Como antes, sin previo aviso, tiró de las riendas de Canalla para reorientarlo y volvió a espolearlo. Los cuatro, jóvenes y caballos, pusieron rumbo al río. El paseo al llegar a la orilla se volvió calmado y lo hicieron en silencio. Paola seguía preocupada por lo que estaba sintiendo e intentó concentrarse en el paisaje, en los olores del campo, intentó atrapar las sensaciones que estaba segura de que no volvería a disfrutar en mucho tiempo. Podría salir a montar, seguro que Carlos le dejaría alguno de los caballos del picadero, pero no con Leyenda, que se marcharía del pueblo en breve. Acarició la crin de la yegua e hizo un esfuerzo por no emocionarse. La decisión estaba tomada y ella había estado de acuerdo, así que ya no valía lamentarse.

—Estás muy callada —le dijo Carlos.

—Estoy disfrutando de todo esto, ahora que todavía puedo.

Le costó un mundo que las palabras no se le ahogaran en la garganta y sonasen despreocupadas, pero a Carlos no se le escapaba su tristeza.

—No tienes que hacerlo, aún estás a tiempo de decirle a tu padre que deshaga la venta. El comprador lo entenderá —le dijo.

—¿A estas alturas? Queda poco para Reyes, no creo que le haga gracia a quien sea que le dejemos sin regalo.

Volvió a acariciar a su yegua detrás de las orejas, que cerró los ojos encantada y emitió un suave relincho.

—¿De verdad esto es lo que quieres, Paola?

Escuchar de boca de Carlos su nombre completo empezó a preocuparla. Era señal de que se había puesto serio.

—Sí.

Dijo sí, pero sonó como un no rotundo. Como esas veces en las que nos empeñamos en hacer lo que los demás creen que es lo correcto. Como todas esas veces que no escuchamos a nuestros propios sentimientos porque, de hacerlo, descubriríamos que los pasos que estamos dando están todos equivocados y que hay que arriesgarse a desandarlos porque lo único que

conseguiremos es complacer a los demás a costa de nuestro propio corazón.

—Yo no lo haría —dijo él, sin mirarla—. Yo protestaría hasta el infinito, mandarí­a todo a paseo y me quedarí­a con lo que de verdad me hace feliz.

Paola le miró.

—¿Qué sabes de lo que me hace feliz? —le preguntó.

—Por lo visto, mucho más que tú. Debes llevar muchos días sin mirarte al espejo, Pao. Si lo hicieras, te darí­as cuenta de que vender a Leyenda es solo el principio de...

Se quedó callado. No tenía derecho a decirle nada más de lo que pensaba. Bastante triste estaba para que él se dedicase a revolver en la herida con palabras que, una vez que salieran de su boca, serí­an cuchillos envenenados para su estado de ánimo.

—Termina lo que estabas diciendo —le pidió ella.

Carlos frenó a Canalla y se quedó parado. Paola hizo lo mismo con Leyenda.

—Tú lo has querido. Cuando empiezas a renunciar a tus sueños, a lo que te llena, te conviertes en un adicto a ello. Primero es algo sin importancia, pero poco a poco a eso le sigue todo lo demás. Paola, no es solo a Leyenda a lo que estás renunciando. Es tu mundo, en el que has crecido y que te gusta. Tienes que pensar en si todo esto es solo el principio, si en adelante dejarás también incluso de soñar. Dejarás hasta de creer en que se puede ser feliz.

Paola agarró las riendas de Leyenda con fuerza. No le gustaba lo que estaba escuchando en boca de Carlos porque eran las mismas cosas que alguna vez se había permitido pensar, pero que jamás puso en voz alta. Claro que no quería irse. Ni dejar las tardes en el picadero, los paseos por el campo. Las excursiones improvisadas, sus padres esperando en casa. Las cenas en familia, los cumpleaños de sus amigas. Una comida como la de ese día.

Drako.

Leyenda.

Cientos de imágenes se apoderaron de su ánimo, apretándola por dentro. A cambio, en el otro lado, estaba una oportunidad de futuro en la ciudad. Estaba Ricardo. Una relación de años a la que se había acomodado y que seguía el guion de una historia que parecía tener escrito ya un final en boda, pero que ahora dudaba que después llevase impreso un vivieron felices. Sin Leyenda, la felicidad le parecía un poco más difícil de alcanzar que hacía solo unos meses, pero ya estaba todo planeado y puesto en marcha.

¿Tenía que hacerlo? ¿Sería verdad que renunciaba? ¿Sería así todo en adelante? ¿Había sido demasiado dócil al aceptar unas condiciones que no la hacían feliz? ¿Cuándo fue la última vez que se sintió con Ricardo como con Carlos esa tarde?

Al llegar a él, se dio cuenta de que esa era otra de las cosas a las que tendría que renunciar: a Carlos. A su compañía. A las veces que ponía los ojos en blanco porque la llamase Pao. A lo que disfrutaba viéndole cuidar de los caballos y participando en ello.

—Me preocupo por ti, Paola —le dijo Carlos, retomando la conversación.

—Pues deja de hacerlo —contestó ella, bajando la voz—, sabré cuidarme.

—A veces no sabes, a veces te pierdes.

Carlos pasó sus dedos por la frente de Paola, apartando un mechón de pelo que se había escapado del casco y ella sintió que se estremecía. Cerró los ojos y tragó saliva.

—¿Lo has pensado todo bien? —le preguntó, mientras sus dedos seguían acariciando la frente.

—Sí.

La voz de Paola salió estrangulada entre las sensaciones que se agolparon en ella. Estaban las de la mente, las que le recordaban la conveniencia de su decisión, y las del cuerpo, que se alborotó por completo, preso de un temblor que le hizo agarrarse con fuerza a las bridas de Leyenda para no acabar cayéndose. De haber estado en el suelo, estaba segura de que las piernas no la hubieran sujetado.

—No quiero que te arrepientas —dijo Carlos.

—No voy a hacerlo.

—¿Estás segura?

Carlos desmontó de Canalla mientras le hacía esa pregunta y ella no supo qué contestar. Tampoco le dio mucho tiempo, porque él le tendió los brazos para que desmontase y ella obedeció sin pensar. Con las manos de Carlos amarradas en su cintura resbaló de Leyenda hasta el suelo y allí comprobó que su teoría de que las piernas no eran capaces de sujetarla era casi cierta. Mucho menos en ese instante, en el que su cuerpo se pegó al del chico de los caballos. Podía sentir el calor que desprendían su pecho y su mirada.

—Yo estaré aquí si decides cambiar de idea —dijo él, posando los ojos en sus labios.

—No va a hacer falta —contestó Paola, aunque no le salió una frase

contundente, sino un susurro ahogado en sus propias emociones. Podía sentir un calor intenso entre sus piernas y supo en ese instante, sin ningún género de duda, que se moría por probar los labios de Carlos.

Igual, en algún momento, debería haber fingido cierto desinterés, pero fue incapaz de controlar latidos, serenar emociones y reprimir deseos frenados desde hacía mucho tiempo. Ni siquiera supo quién de los dos se acercó primero al otro. Primero sintieron un suave roce de piel. Después, como si aquellas dos bocas llevaran una vida reprimiendo un deseo, se buscaron ansiosos, mientras sus lenguas iniciaban una danza descontrolada a la que se sumaron las manos de él que recorrían la espalda de ella y las manos de ella que enroscaban los dedos en el pelo de él. El beso fue mucho más intenso de lo que jamás hubiera podido imaginar. Los dejó a ambos boqueando de deseo.

—Carlos, esto..., no... —gimió Paola.

En ese instante supo que acababa de cometer un error. Hay verdades escondidas dentro de nosotros que es mejor que se mantengan dormidas para siempre, porque cuando despiertan lo descolocan todo.

—Perdona —dijo él, separándose de ella y montando con rapidez en Canalla—. Lo siento, no sé qué me ha pasado, perdona, no se volverá a repetir. Pero escúchate. No lo estás haciendo, estás tomando decisiones con la cabeza, marginando a tu corazón. Y de eso, te lo aseguro, siempre nos acabamos arrepintiéndolo.

Volvió a montar a Canalla, azuzó al semental y se perdió en el atardecer, dejando a Paola plantada en medio del campo, con Leyenda a su lado.

—¡Ay, Leyenda! —le dijo ella a la yegua—. Creo que acabo de meter la pata hasta dentro.

La yegua cabeceó y emitió un resoplido.

—¿Cómo que por qué? —dijo Paola, inventándose una conversación con el animal—. Porque es el mejor beso que me han dado en toda mi vida y acaba de decirme que no se repetirá.

Las malditas mariposas entraron en guerra para contarle una historia que no había querido escuchar antes y no pudo más. Se subió a la yegua y se volvió al picadero en un paseo. Quería darle tiempo para que se marchase, sabía que dejaría abierto y la llave visible para que ella pudiera cerrar.

Paola se quedó en casa con sus dudas los siguientes días. Fue incapaz de volver al picadero. Se le pasó el tiempo intentando poner buena cara, acabando las compras de los regalos que la familia intercambiaría el día de Reyes. Evitó a Carlos casi más que a Leyenda y constató que con Ricardo no había mariposas aleteando ni latidos desacompañados, pero pensó que quizá era solo producto de aquellos días confusos. Se quiso convencer de que lo que había sentido se le acabaría pasando, pero no fue así.

La noche de Reyes Paola soñó con Leyenda y en su sueño deseó que, quien fuera su dueño a partir de ese momento, la quisiera al menos la mitad de lo que ella la quería. No podría soportar que la trataran mal, que se olvidasen de cepillarla y bañarla, o que no la alimentaran como era debido u obviasen algunas de las revisiones veterinarias.

También, en su sueño, apareció el chico de los caballos.

Su voz burlona cuando la llamaba Pao.

Sus manos acariciándole la espalda.

Su beso.

Ese beso que sabía que nunca iba a olvidar.

Durmió inquieta.

El teléfono móvil de Paola vibró en la mesita de noche. Antes de descolgar la llamada se fijó en que eran las ocho de la mañana. Su interlocutor debía de tener muy poco que hacer o mucha prisa por contarle algo a aquella hora tan temprana del día seis de enero. O, tal vez, los Reyes Magos le habían dejado el mejor regalo del mundo y las prisas por contárselo le habían hecho perder la noción del tiempo. O, puestos ya a lanzar hipótesis, creería que todo el mundo madruga tanto como los niños el día de Reyes.

—Hola, Carlos —dijo, empezando a despertarse.

—¡Buenos días, Pao!

La euforia con la que él contestó, contrastaba con el decaimiento de Paola. No era solo que estuviera medio dormida, sino que estaba segura de que ese día no quería levantarse. No esperaba nada y tampoco quería pensar en que Leyenda tendría que acostumbrarse desde ese mismo momento a un

nuevo dueño. Prefería dormir como una marmota hasta tarde y que el mal trago pasara cuanto antes.

—¿Pao?

—Sí, estoy aquí.

—¿Sigues enfadada conmigo?

—No estoy enfadada.

—Pensé que lo estarías después de lo que sucedió en el paseo. Además, llevas días sin aparecer por el picadero y sin contestar mis mensajes.

Ella se mantuvo en silencio, mientras elegía las palabras para responderle. No estaba enfadada con él, sino consigo misma.

—¿Qué quieres, Carlos? —le preguntó, sin mucho ánimo.

—Quiero que te asomes a la ventana.

—¿Para qué?

—Tú asómate.

Paola encendió la luz de la lamparita de su mesilla y se dirigió a la ventana. Subió la persiana, bajada del todo para que la luz del día y el frío no entrasen en cuanto amaneciera, y lo que vio hizo que su corazón empezase a desordenarse. Allí, frente a la puerta de su casa, Carlos permanecía con el teléfono pegado en la oreja.

—¿Te has quedado muda de repente?

—Pero...

No sabía qué decir, no tenía palabras. El resto de la escena que se presentaba ante sus ojos la había dejado paralizada. Carlos no se había acercado a su casa solo. Con el traje de montar, guapo a rabiar, estaba subido a lomos de Canalla.

—He venido a invitarte a un paseo a primera hora de la mañana. Venga, vístete y abrígate bien, hace muchísimo frío.

Le guiñó un ojo y a ella se le escaparon dos lágrimas. Junto a Canalla, una yegua blanca, con la silla preparada, permanecía tranquila, sujetas sus riendas por las manos de Carlos. Era Leyenda, que relinchó y movió la cola como si la estuviera saludando.

—¿Qué haces tú con ella?

—Está triste porque llevas días sin ir a verla.

—¿Pero no vinieron a buscarla? —dijo ella, muy nerviosa.

—¿El comprador? Sí, y la pagó. Era para un regalo de Reyes, ¿lo recuerdas?

—Claro que lo recuerdo, un regalo de Reyes, pero hoy es el día de Reyes... ¿No se la ha llevado?

—Por eso mismo tienes que bajar. Este es tu regalo, Pao.

No podía ser cierto. ¡Carlos había comprado a Leyenda para ella! Soltó el teléfono y buscó sus ropas de montar, que se puso en un instante. Después, bajó corriendo las escaleras y salió a la calle. Carlos había bajado del caballo y la esperaba con los dos animales. Ella se quedó parada, sin saber muy bien qué hacer primero. Eran tantas las emociones que atenderlas a todas y saber en qué orden le estaba costando mucho.

—Si sé que te vas a poner tontorrón, no vengo —le dijo él.

—Es que...

Las palabras que él le dedicó días antes acudieron a su mente. La felicidad es no renunciar a lo que amas, por muy difíciles que se pongan las cosas. Carlos le devolvía a Leyenda y eso era la felicidad para ella.

Decidió que, en ese instante, se imponía un abrazo y no era para la yegua. Se lanzó a los brazos de Carlos, que la arropó con los suyos. Estuvieron un rato así, sin hablar, dejando que fueran las emociones las que pusieran la banda sonora silenciosa a aquel momento inesperado para Paola. En la puerta de su casa, a pesar de la gélida madrugada, no hacía frío para ella. Los brazos de Carlos, su increíble regalo, lo habían espantado de golpe. La tristeza de los días anteriores se había volatilizado de pronto.

—Entonces, ¿te la quedas? —le dijo al oído, acariciándole el pelo.

Las palabras también sonaron como una caricia. Asintió, sin separar el rostro de su pecho. Tenía algo de miedo, para ser sincera. Tenía miedo de mirar a Carlos y hacer lo que su corazón le pedía, algo que no era lo más adecuado. ¿O sí? ¿Acaso escuchar tus latidos, seguir tus deseos, buscar la felicidad, no es siempre lo más adecuado? Despacito, con el miedo a equivocarse suspendido entre sus ojos, pero con la seguridad de que quería hacerlo, le miró.

—Me quedo con todo.

Sonrió y él le devolvió la sonrisa. Le miró y él le devolvió la mirada. No había nadie más allí, el mundo parecía dormido en Grimiel. Todos debían estar en sus casas desarrollando regalos, ajenos a la magia de ese momento.

Le besó.

Él le devolvió el beso con intereses, uno tan intenso como el del día de Nochevieja. Las mariposas empezaron a aletear de nuevo, pero esa vez nadie

se preocupó de mantenerlas a raya.

—Es el mejor día de Reyes de mi vida —dijo Paola.

Después de aquel segundo beso, Paola comprendió que las cosas que había que cambiar en su vida no eran las que pensaba. Tenía que renunciar a algo, por supuesto, pero no a lo que estaba previsto en aquel escenario que había trazado para su vida. En el nuevo, el que arrancó en la puerta de su casa una fría mañana de Reyes, los latidos de su corazón encontraron el compás perdido; lo que deseaba era quedarse en el pueblo y levantarse de madrugada para ir al picadero, y no solo porque Leyenda y Drako la estuvieran esperando. Había alguien que durante una Navidad le demostró que no se deben dejar de lado las cosas que de verdad te hacen feliz.

Que solo hay que pararse a observar un poco para darte cuenta de que las tienes delante de los ojos. Que aunque a veces parezca imposible, porque todo apunta en otra dirección, si quieres ser honesto contigo mismo, debes escuchar a tu corazón. El de Paola latía al unísono de una yegua pura sangre blanca y, durante aquella Navidad, se sincronizó también con el de Carlos.

O acaso siempre había latido un poco así, pero ella no se había parado a escucharlo.

Prueba todos los sabores de la minicolección **Recetas para
subir la temperatura:**

ERIKA FIORUCCI, *Al plato vendrás, almeja*

IRENE MENDOZA, *Con mucho amor y mucho limón*

MAYTE ESTEBAN, *Comer y amar, todo es empezar*

CLAUDIA VELASCO, *De postre, tú*

MARISA SICILIA, *Dulce y picante... como tú*

CARLA CRESPO, *Con sabor a beso*

MEG FERRERO, *Las manos van al pan*

MIMMI KASS, *Refréscame*

OLGA SALAR, *Sushi para dos*